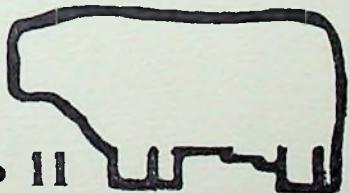


# GUADALEST, AMOR

JOSÉ ALBI

ue de Alba  
2-1

el toro de granito II





Institución Gran Duque de Alba

CDO 826.134.2 - 1



AP-29



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

# GUADALEST, AMOR

JOSÉ ALBI



© José Albi  
Colección «El Toro de Granito», n.º 11  
Edita «Institución Gran Duque de Alba»  
Diputación Provincial, Avila  
Imprenta de «EL DIARIO DE AVILA»  
Plaza de Santa Teresa, 12. Avila  
Noviembre, 1969  
Depósito Legal: AV-147-1969



Institución Gran Duque de Alba



# **GUADALEST, AMOR**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## Í N D I C E

---

	<u>Pág.</u>
<b>I.—</b>	
<b>Guadalest, amor</b>	
1	11
2	14
3	20
<b>II.—</b>	
Lo que fue mío	27
La pregunta	31
Este largo vacío	35
Rebeldía	39
Soledad con amor	43
Sólo un poema	47
Contemplación del mar	51
El baile	54
Reflejos en el agua	57
<b>III.—</b>	
Vivir	63
Pequeño catecismo	65
Noche en Guadalest	67
Manos lejanas	69
Soneto de la ausencia	71
En forma de felicidad	73
El presente	75



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

I



Institución Gran Duque de Alba

## **guadalest, amor**

### **1**

Pasan siglos, transcurren tempestades.  
Alzan el vuelo los atajos.  
Suben los asnos. Guardan sus pupilas  
la soledad solemne de los astros.  
Si levanto las piedras, no escorpiones  
sino siglos encuentro, agazapados  
herrumbrosos, terribles. Pequeños cataclismos  
desmoronándonos,  
levantando esperanzas,  
derrumbando  
rocas, torres, palabras,

por los cuatro  
costados del dolor; águilas, hombres  
como yo, más lejanos,  
más hondos todavía.

Levanto piedras. Llegan los centauros  
desde la espuma, y entre viejos troncos de olivos,  
entre nereidas y delfines, sus pasos,  
grabados en las rocas para siempre,  
levantan libertad y acantilados  
puros,  
claros  
como hoy son mis palabras.

Llegan  
las antorchas ibéricas, los vasos  
con proféticas voces y caballos  
galopantes y negros: fulgurantes, lentísimas vestales;  
y en las calas ocultas, cuando se va apagando  
la luz, la luz, tritones todavía.

Llegan  
visigodos quizás. No podría jurarlo.  
Pero creedme,  
hay algo

de guerreros oscuros,  
de relámpagos  
en las crestas tajantes de Bernia,  
rodando  
hasta el mar, despeñándose en furia  
o en sueño.

Van llegando  
más águilas, gavillas, estatuas  
de mármol.  
Roma llega y existe  
golpeando y hablando y levantando  
mis palabras. Las mismas. Puente a puente.  
Verso a verso. Mar a mar. Mediterráneo  
con cúpulas también  
que van llegando,  
así el morir,  
oh, viento, oh miserere, barro  
donde pongo y enciendo  
mi costado.  
Oigo en los árboles  
el golpetazo  
de las aguas, la morisca quietud

de mi tierra, con su canto,  
con su raíz.

Vinieron todos con los muslos cortados  
por el rumor eterno de los atardeceres. Tu silencio,  
Guadalest, fue tan suyo como mío.

Llegaron  
más ríos y más montes. (Pienso en Bernia.  
Me duele hasta su sombra). Se fue poblando  
el valle de irremediable paz.

Luego, llegaste tú.  
Muy a lo lejos aún quedaba, en el mar, algún centauro.

2

Llegaste tú.

Trepábamos

las dulces cuestas, como de vino, de oleaje tierno.

Las curvas se nos iban subiendo por la cabeza. Llegábamos,  
y hasta el motor cantaba.

Las higueras, los pámpanos  
dejaban su alegría por los caminos. Todo

te nombraba. Subíamos despacio  
para mejor meternos en cada cosa :  
un árbol,  
una hormiga,  
un minuto parado  
para siempre, un rumor de agua  
refrescándonos  
las sienes  
y las manos.

Rozaba tus mejillas,  
tu silencio trémulo y largo.  
Te acariciaba lentamente  
y el mar me iba llegando hasta los labios,  
me invadía.  
Y el tomillo sutil, el acanto  
levantaban, en torno, capiteles, templos como la luz,  
azules y deslumbrantes atrios,  
retorcidas piteras serpeantes.  
Respirábamos,  
a un mismo tiempo, tú, yo, el monte,  
la hiriente paz del campo,

la mañana redonda, perfectísima,  
la quietud de los pájaros  
detenidos  
en medio del espacio.  
Música toda tú, cálidamente  
sentida, aquí a tu lado.  
Felices,  
de la mano  
trepando por el viento, cimas de amor,  
y, en alto,  
también nosotros. Solos.  
Por un momento únicamente estábamos  
en el mundo tú y yo. Las otras gentes:  
las del hermano y cotidiano  
vivir, las que comparten calle, techo, pulso;  
las que nos van volcando su pasado  
en nuestra vida, y un mismo fuego viene  
a compartir los platos  
y el presente, más vivo que uno mismo,  
los años;  
las que van prolongando, cada minuto, vida, realidad,  
hoy no existían. Estábamos

solos tú y yo: universo nuevo, total, definitivo.  
Yo iba besando,  
en ti, el color de la tarde; tu ternura de siglos;  
torrenteras en pie, peñascos  
de Guadalest; la luna horizontal de ese gran río  
de tu cuerpo, bebido entre mis manos  
como agua eterna; y esa quietud de valle  
olvidado,  
con rumor, claro rumor de Dios  
y de rebaños,  
todo a un tiempo,  
perros lejanos  
que alargan el silencio  
y una piedra que cae, desatando  
la soledad del mundo.  
La vida aquí, entre los dos; la muerte, en alto,  
como un águila más,  
como un picacho  
fulgurante y bello  
con muros encalados,  
tapias de adobe, y hasta un deseo de morir,  
no sé si amor, culminación, cansancio.

Paisaje, amada, montes. Cerca, Benimantell:  
su vida sosegada nos agrupa. Tocamos  
el silencio. Pequeñas lagartijas, verde impaciencia.  
Mesurado Chortá, gravemente tendido. Tus dedos largos  
recorriendo mi pena, mis caminos.

Tu vientre irremediable, como el mundo. Canto  
de ranas, de eternidad, de sangre prisionera  
entre los dientes. Ay, Aytana, inalcanzado  
sueño, sobre el lecho infinito de la noche;  
como tú horizontal, arrebatado  
cuerpo para el amor,  
~~hallazgo~~  
incalculable: mejilla, lluvia, pórtico con columnas,  
terciopelo, naufragio,  
oh muerte diminuta cada instante,  
oh sumergido claustro  
aquí en el mar, con muslos, peces, cauces infinitos,  
tu blancura volcada en los espacios,  
furia, mármol surgido de las aguas,  
galope de caballos  
sobre la atroz pureza  
de los acantilados.

Mi cuerpo, el tuyo,  
rotos, despiadados.

Y, de repente, serenidad total:  
tu sonrisa, los párpados  
de las luces chiquitas que mueve el mar,  
el gato  
que duerme en un rincón,  
la brisa, con su apacible tacto  
de jazmín y de espliego, refrescando la paz.  
La tierra, en torno, como mis brazos,  
ciñéndote. Tierra y más tierra  
dentro del cuarto.

Tú, misteriosa;  
yo, solitario.  
Lejanos truenos  
desmoronándonos por los barrancos.  
Guadalest bronco,  
viento encalado. Peñascal  
trágico.  
Sólo amor. ¿Me oyes? Sólo y sólo silencio.

Tú, yo, los astros.  
Centro del mundo.  
Quietos, profundos, arrebatados.

3

Y sin embargo, hoy,  
hoy que atardece y está nublado,  
con rayas rojas, como cuchillos,  
allá en los tajos  
de Bernia;  
hoy que he llegado,  
después de un largo tiempo remoto de lejanía,  
a este trémulo caos  
de soledad, a estos picos punzantes,  
hermanos  
de mi tristeza;  
hoy que he pisado,  
otra vez, el fragor de incendio de montes, calles, vértigo,  
infinita necesidad de amarte, empinado  
deseo de ascender

hasta el extraño  
arrebato mortal de nuestro mudo pero angustioso grito,  
no he encontrado  
más que el antiguo rumor  
de nuestros pasos  
en las esquinas, un olvido de piedra  
y unos árboles rojos, quizás álamos,  
quizás fuego tan sólo, revelación lejana,  
tu presencia —tu jersey blanco—  
desvanecida en aire. Sólo recuerdo. Se mastican, se palpan  
la bruma gris, las algas y los cárdenos  
destellos de la noche. No estás,  
pero este carro  
con las varas en alto, con la quietud en torno,  
conserva tu calor. Y el nogal ancho,  
rumoroso  
de pájaros,  
de la plaza, guarda tu sombra, te la da,  
te sabe y, ay amor, te prolonga mágico,  
te revive. Los perros aún te buscan; husmean  
tu caricia, retornan al pasado,  
pero, ay, inútilmente,

porque estamos tan solos como un claustro  
en ruinas cuando sube la luna,  
un volcán apagado,  
una palabra amiga cuando la gente sale  
del cine en las ciudades, y los atormentados  
autobuses se pierden en la sombra.  
Cuando la muerte pasa por la piaya y estamos  
quizá bailando, alegres, pero sólo  
mientras el vino dura en nuestros vasos.

Ni arcángeles, ni luz, ni madreperlas, ni tubos de neón,  
mantelos lúcidos, románticos pianos.  
Sólo rocas en pie,  
lagartos  
trémulos y escondidos,  
alucinados  
minutos casi eternos. Subo por las callejas,  
enciendo un cigarrillo. Te está nombrando  
un buho, con acento torpe y desolador.  
Tu cuerpo, dorado  
por la distancia, sólo es eso: distancia, profundidad lunar.  
Lobos y duendes, sobre los tejados,

ríen su libertad. Hay un incendio  
de ramas verdes, de esperanzas nuevas, de cántaros  
rebosantes de luz. Piso ceniza.  
Crujen antiguas casas. Por los collados  
quema el aire.

Ay, amor, no vendrás nunca.

Se han desmoronado  
ígneas barrancadas, violentos repechos,  
picos vírgenes, ciegos, estatuas de cobalto  
como la lejanía. No estás,  
y, sin embargo,  
te llama a gritos el valle entero de nuestro amor.  
Bocas punzantes: las de los rayos,  
las del plomo  
agarrado  
a las cimas, las de los helechos  
en los más trágicos  
rincones del peñascal. Pero no basta gritar,  
estar llamando,  
desde cualquier esquina,  
soles, años.

Pasan los hombres. Nadie vuelve nunca  
cuando ha pasado.  
La muerte se los lleva por callejones,  
por rápidos  
alfoces, por súbitos pasillos.  
Te buscamos  
a golpes perentorios, a terribles tirones. ¿Es que el amor termina,  
el cielo pasa, los cántaros  
se vacían, las hoces se arrinconan, se oxidan?  
¿Es que el destino es nada? ¿Sólo un charco  
de agua sucia, cuando los mulos  
regresan hacia el pueblo? Llamo  
con mi sangre, mi vida, mi tristeza.  
¡Ay, soledad sin fin la de los astros!



II



Institución Gran Duque de Alba

## **lo que fue mío**

Abro de par en par el viento, la ventana,  
y te contemplo, amor, voy contemplando lo que fue mío:  
los almendros alegres todavía,  
y el mar en los almendros, la luz en los almendros,  
y más mar todavía allá a lo lejos.  
Quizá piense en tu piel,  
quizá vaya pasando la mano por la corteza de los pinos,  
quizá los años vayan cayendo como las gotas del grifo;  
quizá los siglos.  
Y quizá todavía te tenga entre los brazos  
como ayer, como siempre.

¿Oyes los montes? Puede que canten.

Puede que se derrumben,  
que se acuerden de ti, que te nombren,  
que inventen la palabra burbujeante, nueva,  
como el agua de los neveros despeñándose,  
como mi voz en medio de la noche.

—¿Duermes, amor?

No me contesta nadie. Sé que duermes.

Me asomo a la ventana.

Bernia, como un gran perro bajo la luna,  
se acurruga a mis pies.

Oigo su palpitar estremecido.

Ifach, allá a lo lejos, se nos hunde en el mar,  
golpea las estrellas con su silencio.

Más cerca, las luces chiquitinas, lentas y fieles de Guadalest.

Vuelvo a rozar tu sueño,  
tu piel con luna,  
los dos ríos lejanos de tus piernas.  
Tú, montaña también, valle dormido,  
mar toda tú.

—¿Duermes, amor?

Gotea el grifo, ladra un perro

infinito, lejano como la eternidad.  
Voy a ciegas, tanteo las paredes  
y los acantilados y los vientos.  
Te amé, te estoy amando, te estoy llamando.  
Sólo un eco de piedra me contesta:  
Aytana, Chortá, Bernia...  
La cama está vacía.  
El silencio respira aquí a mi lado.



## **la pregunta**

¿Qué nos queda de aquellos altos montes,  
castillos y atalayas que levantamos? Soplos  
de entusiasmo; incluso más que amor,  
porque todo,  
todo participaba de ello:  
el mundo, las personas, los astros, el musgoso  
silencio,  
el abejorro  
en medio de la tarde,  
el tronco  
donde iba grabando el corazón a golpes  
de eternidad, de gozo.  
Ahora, aquí, en vez de montes,

en vez de chopos  
de reposo feliz, han levantado  
sombrillas rojas, rojos  
apartamentos, con Miamis,  
chorros  
de soda y whisky, Támesis  
donde navegan muslos, plomo  
maravilloso, aunque inútil.

¿Qué nos queda

de aquellos altos días, cuando el mármol, tu torso,  
iba dejando entre los pinos  
una música, un deseo furioso  
de perennidad, también de muerte,  
un aire nacido para nosotros;  
y me iba hundiendo en ti, como si un astro  
nos empujase? Solos,  
lentos, cogidos de la mano,  
sin mundo ya, sin nadie. En torno,  
las abejas, la paz; luego, el baladre, la quietud de las cosas,  
Benimantell dormido, Guadalest jubiloso  
y puro; valle de amor para el amor.

Pregunto: ¿Qué nos queda? Pongo  
mis manos sobre el aire.

Queda un despojo  
pequeñito de pena, de fatiga,  
y otro  
como un río nocturno.

¿De aquellos días altos, mágicos, hondos,  
qué permanece, vive, duele?

Me asomo al pozo  
de este olvido de siglos, y algo como la vida misma, yo mismo,  
tú, tú misma, duelen, doléis, como  
si comenzase, de nuevo,  
todo.



Institución Gran Duque de Alba

## **este largo vacío**

Amor, he renunciado a tantas cosas  
que me siento vacío cuando contemplo  
hoy, tres de agosto,  
pongo por ejemplo,  
la quietud fervorosa de las viñas  
cercadas de chicharras, y el viento  
lejano como yo. Gris y lejano.  
El rumor de algún coche deja un necio  
parpadeo de alambres: todo un rastro  
de soledad o miedo.

La culpa es mía. Llegan los parientes  
saludables y ubérrimos.

Ponemos los manteles, destellantes  
de vasos y de cerros  
de Ubeda,  
con foigrás y con queso.  
Nos vamos devorando lentamente:  
las palabras, los sueños  
que ayer,  
sin ir más lejos,  
fueron sangre y aún rabia  
de nuestros propios cuerpos.  
Hoy hemos aceptado  
como jefe supremo  
de nuestros ríos, torres, plazas  
y trastos viejos,  
este cómodo y ciego abandono total,  
este hueco,  
turbo como el olvido,  
donde desvanecemos  
lo que pudimos ser  
y ya nunca seremos.

Ay, amor, si pudiera  
decirte lo que siento  
cuando miro las vides estremecerse y oigo  
el croar de las ranas, el discurrir del tiempo,  
y traen las golondrinas,  
aún más que tu recuerdo,  
tus pasos en la hierba, súbitamente fresca,  
tu voz en los rincones de la casa, tu gesto  
bellamente sencillo, reflejado  
en las nubes antiguas. Tú, centro  
de las cosas; tú, agua de los cántaros puros  
donde todo el sosiego  
de la tierra nos mira; tú, libertad.  
Las vides te cantan; el romero  
te hiere,  
te va hiriendo,  
y se llenan de bosque  
los rincones más secos  
de la casa.  
Yo mismo me lleno  
de ti, de libertad, de fuerza  
apenas estrenada: por los ojos, los dedos,

caminos empinados hacia el mar,  
hacia dentro  
de este largo vacío  
que soy, de este juego  
—vivir sin ti, morir,  
seguir viviendo—,  
del que soy parte, juez  
y reo.



Institución Gran Duque de Alba

## **rebeldía**

Cómo recuerdo tu rebeldía,  
tu aire de niña, puro y violento,  
tu decisión de corza acorralada.  
Yo, en torno, iba poniendo mi sosiego,  
mi soledad. ¿Recuerdas los picachos de Bernia,  
el empuje bravío de los vientos  
puestos en pie, los rojos  
amaneceres ebrios,  
monte en llamas, en música? ¿Recuerdas,  
en mis acantilados, allá dentro  
del alma, mi rebeldía inútil,  
mis sueños  
pisoteados, y todo, todo lo que pude ser y no soy

almacenado en un armario viejo?

¿Lo recuerdas, amor?

Yo te recuerdo

a golpes de martillo,  
ramalazos de fuego.

Tu mirada rebelde,

tu cabello,

ese otro monte sacudido,

revuelto,

quemando la frescura de los pinos.

arrebatadamente hermoso y verdadero.

Aún te escucho,

te veo:

"Rompe, rompe, desata imprecaciones, barricadas,

sé tú, en medio del cerco

tormentoso que tejen las arañas;

sé, tú, montaña. Trepan los insectos

por tus laderas.

Yo estoy al acecho

con este amor que tú respiras

como si fuera vino o aire. El miedo

es esta niebla ya lejana. Respiráme, toma  
mi gesto,  
mi corazón, aún eres fuerte,  
aún me siento segura aquí en tu pecho.

¡Anda, rebelde! Quema  
las naves. Raza de cangrejos  
en torno aúlla. Tú, rebelde, puro,  
solo en medio del ruedo.

El señor de tus tierras,  
de tus vientos  
está vencido,  
te contempla en silencio.

Toma mi rebeldía, súmala a la tuya.

Quememos  
el mundo. Amor terrible,  
eterno.  
Nazco,  
naces de nuevo".

Te recuerdo, te escucho.  
Miro el techo,  
con su quietud de siglos.

Yo, muñeco  
de mí mismo.  
Cómo me pesa el tiempo  
sobre los hombros,  
cómo me siento  
atado a mi fracaso,  
cómouento  
sonrisas, tempestades.  
Tú estás lejos.  
Yo, vencido, acorralado casi.  
Y nos une el silencio.



## **soledad con amor**

Uno está solo,  
rodeado de soledad por todas partes.  
Uno está solo  
como una casa vieja que tuviese goteras  
y en la que lloviznase por las tardes: en los cristales, en el corazón.  
Uno está solo, pero quisiera estar alegre  
como las lagartijas tomando el sol en medio del camino.  
Yo, lagartija pequeña, ensimismada; yo, lluvia lenta,  
tan lenta (me da miedo pensarla)  
como una tarde cualquiera de domingo,  
una tarde sin ti: tú que no existes  
y estás dentro de mí cada minuto,  
y en cada desconchado de la casa, en cada silencio.

Se te oye, y no estás.  
Se te adivina, y es inútil,  
porque hoy, ayer, mañana, siempre,  
seguirás siendo soledad por dentro, seguirás siendo soledad por fuera,  
seguirás siendo...

Nada.

De la manga me sacaré palabras,  
lagartijas tal vez  
y hierbecitas: como la paz, como la manzanilla,  
como el romero entero y verdadero,  
como tú, amor.

Te nombro y nazco cien veces al nombrarte.

Pero no existes.

Pero estoy solo.

Soledad con zapatos. Ave rara que ni vuela ni canta,  
ni se trae por las noches una orilla, una nube, un navío, un caballo.

Escuchad. Alguien grita.

Cien mil gritos no bastan para hundir mi silencio.

También yo grito.

"Dame tu paz, tu corazón".

En vano.

Señores con levita. Señoras con casaca. Van pasando.

“¡Pasan, señores, pasen, suban al carrusel!

Esto es un poeta”.

“¿Un qué?”

Todos callan. Se oye, lejano, el viento.

Solo tú estás, aunque no existes.

Sólo tú estás: en los cristales, entre las niñas que pasean,  
en el agua que, igual que la esperanza, nunca vuelve.

Y yo te busco.

Yo. Soledad con amor por todas partes.



Institución Gran Duque de Alba

## **sólo un poema**

*«He llegado a temer que un  
día sólo quede de nuestro amor  
el recuerdo de un poema».*

Aquí lo tienes. Un poema.

¿Sólo un poema?

¿Es esto lo que queda de aquel viento infinito por los árboles altos,  
de aquellos ojos tuyos navegando en mi sangre,  
de aquellas manos, aún más mías que tuyas, perdidas a mi sombra,  
anegadoras, lentas, sosegadas,  
bellas igual que el día que comienza,  
que sube desde el mar  
por los aleros, los pájaros de Tárбena,

los almendros —tus manos— de Jalón  
cuando en enero se encienden,  
les mana la blancura —tus manos—,  
les sube la ternura por las ramas,  
y allá en Murla, quizás en Benichembla,  
siguen subiendo, y en Castell de Castells  
ya se confunden definitivamente con el silencio?

Los almendros, los pájaros, tus manos,  
mi soledad grabando los poemas  
en la corteza de los pinos,  
en el aire imposible de este mayo  
vacío como un vaso.

Sólo el rumor del mar,  
sólo el poema,  
sólo las caracolas inútiles, pequeñas,  
olvidadas con restos de naufragios.

Sólo el poema.

Míralo.

Más que un poema, un algo de mí mismo.  
Cien mil años de historia se amontonan  
en sólo una palabra y una mínima muerte

cotidiana. Me duele el monte, el cielo,  
pinos hondos de Laguart,  
ventana mía con el mundo lejano de los coches que pasan,  
de los templos hundidos, los capiteles rotos,  
tus manos imposibles,  
los negocios urgentes,  
el azul de tus labios por un cielo sin nubes,  
la espuma salpicando las cuartillas.

Exactamente son las nueve y cuarto.

Se me hace tarde.

Termino como sea. Suena el teléfono.

Palabras y palabras. De nuevo tu silencio.

"He llegado a temer que un día  
de mi amor sólo quede..."

Sólo un poema roto,

un caracol pequeño,

un trozo de columna.

Qué solo estoy sin ti.

Las nueve y veinte.

Ni siquiera un poema.

Es tarde. Irremediablemente tarde.



Institución Gran Duque de Alba

## **contemplación del mar**

Lenta carreta torpe y rechinante  
viene y va como el río del recuerdo.  
Se oye pasar la tarde, aquí, entre el viejo  
rumor azul de los olivos hondos,  
entre el hueco sin fin de tus dos manos juntas  
que es lo único tuyo que me queda.  
He renunciado a tantas cosas  
que nada ya me pertenece.  
Sólo el mar.  
Vuelvo a nombrar tus manos,  
la piel salada de tus acantilados,  
huella descalza toda tú  
cruzando el arenal hoy solitario.

Eterna y quieta.  
Gaviota roja  
que me quema el espacio de los brazos.  
Palabras idas, antiguas ya  
(;qué miedo da pensarlo!),  
libros abiertos por el final  
con láminas ajadas de terciopelo acaso,  
cartas rotas,  
retratos amarillos.  
Voy rompiendo papeles, trozos de pelo,  
de besos. Más gaviotas  
vienen, se llevan  
la realidad terrible de tus labios;  
tus muslos, a pedazos, flotan lejanos;  
tu voz se pierde como el viento.  
Queda un minuto pequeño y triste,  
un caracol cegado por la arena,  
con tu silencio dentro.

Triste carrera. Desde El Puig avanzan  
nubes tal vez. Proyectan  
sobre las vides rojas del otoño

fugitivos galopes de delfines,  
manos aladas que se alejan.  
Las voy rompiendo. Nubes también,  
con cartas, con delfines de amor,  
con rizos altos, velas desplegadas  
junto a tus sienes, dedos, ecos tuyos,  
humo. ¡Qué gran caricia inútil,  
sueño perdido! Todo, todo mar. Por tus costados  
suben mis manos, te crean otra vez.  
Mar, carne, sombra de las nubes que pasan.  
Te contemplo, te revivo, te tengo  
más mía cada vez. Lenta carreta  
con las ruedas hundidas en la arena,  
mientras las olas  
meditan en silencio su fracaso.

**el baile**

Toda la música del mundo  
aquí confluye, inventa  
un reino donde todo es silencio  
salvo ella,  
la música, salvo sus dedos largos, acariciantes,  
los míos, donde suena  
tu sangre,  
suenas entera,  
feliz, arrebatada,  
violenta,  
conminatoria, dulce.  
Tu piel es música. Se despeña  
como un torrente.

En las baldosas, en la bombilla lenta  
del cuarto  
se refleja  
la caudalosa perennidad del gesto,  
la implacable huella  
de tus labios,  
tú, tormenta  
jubilosa que giras delirante,  
y el aire, en torno, se desvela, vuela,  
magnífico, armonioso.

Fuera,  
pasa rechinador un tren lejano.  
Es el recuerdo. Tal vez llueva  
y una gota resbale, prodigiosa y sombría,  
por el cristal. Suenas  
a guitarra y a mar a un mismo tiempo.  
Te recorro, te pulso. Me sumerjo en la fiera  
soledad de tu cuerpo. Tú, monte,  
tú, llanura, regazo, rebelión sin fin, arena  
donde me pierdo.  
Pienso: giran estrellas;

remotos mundos se acompañan; fuentes  
de armonía desbórdanse; la tierra  
a tu compás se precipita, muere.

Pero sólo me importa tu pequeña  
soledad,

—quiero decir, la nuestra—,  
la ventana algo turbia; sólo el hombro  
que recorren la música, las yemas  
de mis dedos, haciéndote más mía;  
el rumor de la lluvia; la hierba  
que desliza los pasos, que acoge  
el rumor de la tarde; la puerta  
que se cierra detrás de nuestro olvido; la roja  
quietud de las albercas.

Tú eres la música.

Pasajera  
a ratos,  
pero también eterna.

Eres aún más que el sueño. Mis dedos  
te descubren la plena  
conciencia de tu sangre. Tú, tan llena de música  
y, en este instante, terriblemente cierta.

## **reflejos en el agua**

*Meditación ante un cuadro  
de Francisco Pérez Pizarro.*

La alberca tiene reflejos verdes  
de antiguos árboles y lejana lluvia.  
Cojo un puñado de agua, lo aprieto  
contra el pecho. Se esfuma  
el agua  
y hasta la hondura  
de tu presencia. ¿Qué hay que hacer  
para que todo viva perennemente? Nos abruman  
ese instante, ese gesto, esos labios,  
esos brazos que fueron, que son nuestros. La llanura

se nos pierde de vista, se nos torna infinita,  
se nos va para siempre. Tú, criatura,  
tú, amada, eterna en el recuerdo, eres tan cierta  
como yo mismo. Nunca  
te vi tan viva, tan real. Sin embargo,  
mírame las manos: turbias,  
huecas, vacías. Las voy poniendo en todo lo que es mío:  
mi mesa, con cuartillas tozudamente en blanco; mi aventura  
cotidiana y pequeña; este ciprés que planté con mis manos  
y ahora busca,  
busca terco, llamea, agujerea el aire  
como yo, inútilmente; lucha  
a brazo partido, y se queda, de pronto, contemplando el silencio,  
su soledad de tierra.

Mira esta oscura  
tristeza de mis manos. Te siento, muero, duelo.  
Te apretujas  
en el recuerdo; dueles  
más que yo mismo; me circundas,  
llenas;  
capto tu ternura

como si te besara; hallo tu cuerpo  
reflejado en la muda  
serenidad del agua;  
te desnuda  
el silencio, la quietud de la tarde,  
el rumor de algún carro que, olvidado, aún se escucha  
a lo lejos.

¿Cómo es posible que todo sea alberca,  
sólo oculta  
tristeza, soledad verde, tormentosos cipreses,  
agua sucia?



Institución Gran Duque de Alba

III



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

**vivir**

No, no basta morir.  
Es necesario lo otro: vivir. Ir desvelando  
días nuevos; tocar los montes puros de Confrides  
con las manos;  
hundirlas en el mar;  
ir desnudando  
tus hombros como el amanecer,  
cuando las barcas de pesca van despacio  
incendiándose, cayendo en la eternidad,  
y en los picachos  
nace el día, me naces tú, como un triunfo profundo:  
mi victoria. Ir por los campos,  
meter el trigo, el romero, los árboles,

en los despachos  
de los Altos y Generales Directores;  
ir pintando, por tapias y tejados,  
tu nombre.  
Ir derrochando  
vida. Compartirla, beberla, sentir cómo nos duele,  
nos sube hasta los labios,  
nos mana por las calles,  
los ajados  
recuerdos, los vestíbulos con la bombilla jadeante, remota;  
los teclados  
de alucinantes máquinas.  
Es más fácil morir. Pero no. Es necesario  
lo otro: vivir, aunque nos cueste media vida  
y estemos, de antemano, derrotados.

## **pequeño cataclismo**

Cada minuto pesa como el plomo.  
En cada muro hay una historia triste y oxidada.  
Un hombre pasa vagorosamente. Te espero.  
Voy, vengo, enciendo cigarrillos. Nada  
entre dos platos. De repente me empeño  
en que las ventanas  
den al aire, a la luz, al mar sin límite,  
pinos de Guadalest, bronca Aytana,  
la quietud de los pájaros, la blancura  
sedienta de cal, la torturada  
furia: piedra que rueda por los montes,  
tú que no estás, catástrofe que nos asalta.  
Desmoronada piedra.

Y tú, lejana.  
Profundísimo eco  
que crece, se agiganta.  
Piedra que cae,  
belleza huracanada,  
cataclismo, infinita caricia de tus dedos, del aire que te crea.  
Cada minuto es lento. Cada palabra  
viene de atrás, me empuja. Cada piedra  
me llena de silencio. Nos unirá la grata  
ternura de la cena, el rumor sosegado de la sopa,  
la cuchara  
que va y viene,  
que canta  
la soledad, ahora,  
la piedra, la montaña  
que cae,  
que nos arrastra.

## **noche en guadalest**

Toco la soledad.

Palpo sus muros. Sigo lentamente  
sus oscuros contornos. Todo queda  
entre estrellas metido. Los torrentes  
de pedernal y música  
se torturan lejanos, emergen  
como el silencio. El dolor se apretuja. Una bombilla  
amarillenta viene  
desde el olvido. Hombres me cercan, carne misteriosa,  
desconocida. Que no suene  
la aldaba. No me atrevo a romper la quietud  
tal vez de muerte.  
Si me esperaras, todo fuera distinto.

Tanta caricia guardo que parece  
lumbre el invierno, cuando cruce el viento  
y un perro, bajo los soportales, se estremece;  
sombra en las eras, cuando se calcina  
la tierra, el aire; fuente, cuando enrojece  
el cielo; canto, cuando calláis, y el viento  
nos zarandea; cuando muere  
un niño en medio de la noche. Si me esperaras  
sería el mundo de otro modo. No se mueve  
ni un monte, ni un cristal. Palpo los muros,  
la oscuridad, las sienes.  
La madrugada pesa como el mundo.  
Me he sentido vacío de repente.

## **manos lejanas**

Cuando el mundo aún no era mundo  
ya eran tus manos;  
ahora constelaciones remotísimas  
sobre la enamorada y seca y roja tristeza de mis campos.

Manos, partid pan,  
llevadlo,  
manos mías,  
por los lejanos  
caminos de la esperanza,  
y, anegadoras, hablad. Os amo  
dedos de mar, de rincón junto al fuego,  
dedos largos

Que estás dentro de mí, pero no basta  
aunque te lleve hasta los huesos, hasta  
la misma pena que hasta ti me dura.



Institución Gran Duque de Alba

## **en forma de felicidad**

Tiene la forma de la felicidad.  
Humo lento, dedos largos  
que acarician  
tejados,  
mirtos en las calles y acequias  
cantando,  
redes en los molinos,  
barcas en los atajos.  
Por fin lentos, Dios mío. Ni una prisa,  
ni un frenazo  
estúpido. Todo en su sitio: el agua,  
los peñascos,  
las mujeres

desmenuzando  
los atardeceres, remendando la ropa;  
los arados  
poniendo sangre en el pan, en los cestos colmados  
de esperanza.

Tus pasos  
poniendo la armonía del agua  
en los zaguanes; el vino dorándonos  
la paz; la guerra, inútil;  
el hombre, aún hombre.

Todo en vano.

No toquéis. Es cristal. Puede quebrarse.  
Un espejo, a pedazos,  
hurtó tu forma. Todo, todo sin ti resulta hueco,  
vano:  
los tejados antiguos,  
los asnos  
docilísimos, el humo quieto,  
los días quebradizos, solitarios.  
Sí, la felicidad se me derrumba. Tiempo perdido.  
Sólo existe el pasado.

## **el presente**

El pasado no es nada.

Quiero vivirte, tiempo, mar amigo,  
mar, hoy, real, urgente, irremediable;  
quiero vivirte a gritos,  
aunque me duela el alma,  
me duela el campo, el peñascal, los olivos  
lejanos, los días imposibles,  
el escalofrío  
de la noche que me sube por el silencio,  
por la espalda, como el infinito  
recuerdo de tu amor.

Este es el presente: la plaza, con sus edificios oscuros, como de tierra; el humo de los años agarrado a los muros; el pensativo ir y venir de mis pasos, de mi quietud; un perro, fugitivo de no sé qué, que se pierde por el camino de las sombras; las gallinas que picotean trocitos de soledad, de ausencia; unos chicos cuya realidad se desvanece como los ríos.

Uno se propone empezar de nuevo. Ya es tarde. No importa. Vivimos el valle, Bernia, Serrella, yo, Confrides, tibio como el amor; Abdet, ensimismado y mínimo; el aire, fino como una daga; interminable el mar, imperativo

en medio de la noche.

Una vez, cien veces me lo repito:  
vivo, que ya es bastante.

Mucho más que el recuerdo y el olvido.  
Pero las sombras bajan lentamente.  
Y hace frío.

La  
presente  
edición de  
GUADALEST, AMOR  
consta de 500 ejemplares y  
se terminó de imprimir el día  
25 de noviembre de 1969,  
en los talleres de  
•El Diario de  
Avila•

*Colección de Poesía: El Toro de Granito*

Dirige: Jacinto Herrero Esteban

VOLUMENES PUBLICADOS

- N.º 1.—«Alrededor del Pan», José Luis López Narrillos.
- » 2.—«El Monte de la Loba», Jacinto Herrero Esteban.
- » 3.—«Pais de la lluvia», Juan Mollá.
- » 4.—«Salmos», Ernesto Cardenal.
- » 5.—«Río Cauca», Jesús Martín Barbero.
- » 6.—«Arte de Amar», Premio Ciudad de Barcelona 1966, Luis López Anglada.
- » 7.—«Hombre, laberinto, Caracol», Carlos del Saz - Orozco.

- › 8.—«Diálogo con España», José Ledesma Criado.
- › 9.—«Las bravías abejas», Gaspar Moisés Gómez.
- › 10.—«Las horas perdidas», Vicente Sánchez Pinto.
- › 11.—«Guadalest, amor», José Albi.

#### PROXIMAMENTE

Originales de

Luis Jiménez Martos

Juan de Leceta

Pablo Antonio Cuadra

Volumen suelto ..... 40 pts.  
Suscripción a cuatro números. 120 »

CORRESPONDENCIA:  
Bajada de D. Alonso, 30. Ávila





DIPUTACION PROVINCIAL

Institución «Gran Duque de Alba»

C. S. I. C.  
AVILA

GUADALEST, AMOR es un libro precedido de un silencio de seis años. ¿Meditación quizás, o cambio de dirección en el poeta? En Guadalest el paisaje mediterráneo deja de ser sensual y plácido, y se torna ascético y atormentado. Las palmeras, los naranjos, recuerdan que el mar está cerca, a pocos pasos. Pero la luz llega desde dentro, desde la honda luminaria del corazón. Luminosa intimidad de la mirada.

JOSE ALBI, valenciano de nacimiento, creador y director de revistas poéticas («Cahiers Literarios», «Verbo», «Anupe»), crítico de Arte y Literatura, premio «Gabriel Miró» de novela, traductor de Paul Eluard, de Ungaretti, antólogo del surrealismo español, viajero por el ancho ses, está contento de publicar libro de poemas en Avila. Con «toro de granito» se asoma al n donde el paisaje se hace a berroqueño, como él mismo.

Inst. Gran

821

Toda la música del mundo  
aquí confluye, inventa  
un reino donde todo es silencio  
salvo ella,  
la música, salvo sus dedos largos, acariciantes,  
los míos, donde suena  
tu sangre,  
suenas entera,  
feliz, arrebatada,  
violenta,  
comminatoria, dulce.  
Tu piel es música. Se despeña  
como un torrente.

— 54 —

### el baile

En las baldosas, en la bombilla lenta  
del cuarto  
se refleja  
la caudalosa perennidad del gesto,  
la implacable huella  
de tus labios,  
tú, tormenta  
jubilosa que giras delirante,  
y el aire, en torno, se desvela, vuela,  
magnífico, armonioso.

Fuera,  
pasa rechinador un tren lejano.  
Es el recuerdo. Tal vez llueva  
y una gota resbale, prodigiosa y sombría,  
por el cristal. Suenas  
a guitarra y a mar a un mismo tiempo.  
Te recorro, te pulso. Me sumerjo en la fiera  
soledad de tu cuerpo. Tú, monte,  
tú, llanura, regazo, rebelión sin fin, arena  
donde me pierdo.  
Pienso: giran estrellas;

— 55 —

Toda la música del mundo  
aquí confluye, inventa  
un reino donde todo es silencio  
salvo ella,  
la música, salvo sus dedos largos, acariciantes,  
los míos, donde suena  
tu sangre,  
suenas entera,  
feliz, arrebatada,  
violenta,  
comminatoria, dulce.  
Tu piel es música. Se despeña  
como un torrente.

— 54 —

### el baile

En las baldosas, en la bombilla lenta  
del cuarto  
se refleja  
la caudalosa perennidad del gesto,  
la implacable huella  
de tus labios,  
tú, tormenta  
jubilosa que giras delirante,  
y el aire, en torno, se desvela, vuela,  
magnífico, armonioso.

Fuera,  
pasa rechinador un tren lejano.  
Es el recuerdo. Tal vez llueva  
y una gota resbale, prodigiosa y sombría,  
por el cristal. Suenas  
a guitarra y a mar a un mismo tiempo.  
Te recorro, te pulso. Me sumerjo en la fiera  
soledad de tu cuerpo. Tú, monte,  
tú, llanura, regazo, rebelión sin fin, arena  
donde me pierdo.  
Pienso: giran estrellas;

— 55 —

**el baile**

Toda la música del mundo  
aquí confluye, inventa  
un reino donde todo es silencio  
salvo ella,  
la música, salvo sus dedos largos, acariciantes,  
los míos, donde suena  
tu sangre,  
suenas entera,  
feliz, arrebatada,  
violenta,  
cominatoria, dulce.  
Tu piel es música. Se despeña  
como un torrente.

En las baldosas, en la bombilla lenta  
del cuarto  
se refleja  
la caudalosa perennidad del gesto,  
la implacable huella  
de tus labios,  
tú, tormenta  
jubilosa que giras delirante,  
y el aire, en torno, se desvela, vuela,  
magnífico, armonioso.

Fuera,  
pasa rechinador un tren lejano.  
Es el recuerdo. Tal vez llueva  
y una gota resbale, prodigiosa y sombría,  
por el cristal. Suenas  
a guitarra y a mar a un mismo tiempo.  
Te recorro, te pulso. Me sumerjo en la fiera  
soledad de tu cuerpo. Tú, monte,  
tú, llanura, regazo, rebelión sin fin, arena  
donde me pierdo.  
Pienso: giran estrellas;